

AZADA Y ASTA

DE CULTURA Y POLITICA



MONARQUIA CATÓLICA Y SOCIAL

«Brindo por lo que nadie ha brindado hasta ahora: por las grandes ideas que fueron alma e inspiración de los poemas calderonianos. En primer lugar, por la fe católica, apostólica, romana, que en siete siglos de lucha nos hizo reconquistar el patrio suelo, y que en los albores del Renacimiento abrió a los castellanos las vírgenes selvas de América; y a los portugueses los fabulosos santuarios de la India. Por la fe católica, que es el substratum, la esencia y lo más grande y lo más hermoso de nuestra teología, de nuestra filosofía, de nuestra literatura y de nuestro arte.

Brindo, en segundo lugar, por la antigua y tradicional Monarquía española, cristiana en la esencia y democrática en la forma, que durante todo el siglo XVI vivió de un modo cenobítico y austero; y brindo por la casa de Austria, que con ser de origen extranjero y tener intereses y tendencias contrarios a los nuestros, se convirtió en porta-estandarte de la Iglesia, en gónfaloniera de la Santa Sede durante toda aquella centuria.

Brindo por la nación española, amazona de la raza latina, de la cual fué escudo y valladar firmísimo contra la barbarie germánica y el espíritu de disgregación y de herejía que separó de nosotros las razas septentrionales.

Brindo por el municipio español, hijo glorioso del municipio romano y expresión de la verdadera y legítima y sacrosanta libertad española, que Calderón sublimó hasta las alturas del arte en «El Alcalde de Zalamea», y que Alejandro Herculano ha inmortalizado en la historia.

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

CONTINUIDAD POLITICA

España ha quedado definida en cuanto a su configuración en el futuro como monarquía: El nuevo estado español ha de ser una Monarquía.

Las actuales generaciones no hemos de temer por los peligros que encarna un sistema de carácter constitucional y de arraigos liberales. El porvenir está claramente señalado: la Monarquía será tradicional o no habrá Monarquía.

Los temores están fundados en un recuerdo horrible o en conocimiento transmitido acerca de lo que fué y significa para España el último reinado. Toda una dinastía heredó, desde Isabel II, errores fundamentales que culminaron con Alfonso XIII, y en una guerra civil que tiñó a España de sangre y esparció múltiples rencores.

Ahora se anuncia un paso histórico bien distinto y una altura política a prueba de las actuales circunstancias. Vivimos un tiempo de conocimientos concretos y la realidad del mañana dará la enseñanza demostrada de que «el saber histórico es una ciencia de primer orden para conservar y continuar una civilización proyecta».

El pueblo ha de estar viva y hondamente penetrado con los intereses de la Nación y el Rey conocerá a través del pueblo las necesidades más perentorias de sus clases sociales.

La Monarquía será católica. El Estado será católico. Lo que no impedirá el que cada cual sienta y obre con arreglo a sus íntimas creencias. Pero cada cual, en su propia responsabilidad, sin hacer públicas ostentaciones de sus ideas y pensamientos.

Será Representativa. Todas las clases de la Nación se verán legítimamente representadas en las Cortes Españolas por aquellos hombres nombrados por libertad de elección en cada gremio o sindicato.

La estructuración de éstos será de abajo arriba; nunca serán nombrados los representantes del pueblo desde el Poder.

Estamos ante una democracia auténtica de carácter orgánico. No puede expresarse una queja honrada frente a la Monarquía que se nos presenta, si de una manera sincera y ardientemente patriótica estamos convencidos racionalmente y animados en nuestra sinceridad, a demostrar que lo que realmente nos importa es España.

España en su espiritualidad más honda y en su problemática más específica.

No habrá partidos políticos. En realidad, la trayectoria clave de cualquier nación está basada y concretada en su nivel social. Lo que importa es el tono económico de España y su tónica de proyecciones hacia una más amplia elevación.

Todos los hombres debemos agruparnos profesionalmente y exponer dentro de lo más vital de nuestro trabajo las necesidades que en forma de especie de empresa de colectividades se nos presenten. Hacer un estudio expositivo y esforzado ceñido lo

más estrictamente posible a la realidad de vida que nos ocupa.

Las divagaciones en torno a asuntos que no nos conciernen deben desaparecer. El quehacer próximo ha de concretarse positivamente y la realización de esfuerzos vinculada al plano de lo profesional, aumentarse en forma progresiva.

Vamos hacia la superación de la Patria y hacia el total resurgir del hombre. Del hombre, hemos dicho. Sin colores ni matices; sin aristocracia de sangre o prejuicios ante el proletariado. Esto quiere decir unidad, no disgregación; amistad, no resentimiento.

Hacia el hombre como portador de valores eternos, como merecedor, por su sola y exclusiva calidad de ser humano, de toda serie de respetos y derechos.

Pero el respeto hacia el hombre se rompe cuando éste infringe algún derecho. Porque existen derechos de orden colectivo, pero también, y por lo mismo, privadamente tiene el hombre derechos que el Estado ha de vigilar y salvaguardar.

Cuando un derecho se infringe, el deber impone una pena. Y en tanto que ésta se cumple, el hombre sufre el castigo. Sólo se recupera aquél cuando la sanción ha quedado concluida.

Así entendemos que en líneas generales debe ser comprendida la continuidad política. Partiendo siempre de un análisis acerca del hombre; tomándolo a éste como punto de partida y como desarrollo especulativo de cada realidad del presente.

El presente, en todo tiempo, tiene que contar con el esfuerzo de cada generación en marcha. Los sistemas quedan esbozados; su proyección dinámica y su progreso ascendente, dependen del esfuerzo, buena voluntad y sinceridad honrada de cada generación.

Una misión generacional bien específica es la que va a ocuparnos a los nuevos hombres que nos vemos ante la problemática de España. En marcha, pues, hacia una avanzada de auténticas realidades políticas trazadas como proyección histórica.

«AZADA Y ASTA»

JUNIO 1958
TRES PESETAS

DEPÓSITO LEGAL. S. A. 66 — 1958.

2

MONTEJURRA

Montejurra es algo más que la montaña Sagrada del Carlismo. Es, también, algo así como lo más sagrado del Carlismo hecho montaña.

Capítulo, mojón, orgullo, tema y símbolo de la Historia Carlista, con voluntad y circunstancias de Gólgota y de Tabor, abre el tesoro de sus evocaciones y esperanzas, una vez cada año, a los romeros de la Tradición.

Y como todo lo carlista: es hermoso, pero difícil. Con aliciente de incomodidades, como el camino real de la Santa Cruz de que nos habla Kempis.

En Irache, de mañanita, minuto a minuto, vá remansándose un milagro de boinas rojas. Pronto aquello es un mar de bermejas espumas que se desborda mansamente. Pero se desborda hacia arriba, en difícil; en carlista.

Y se reza el Rosario. Con sus quince misterios. En voz alta y a paso corto. Mujeres, niños, viejos, hombres maduros, mozos, algunos de ellos mutilados de guerra, siguen y con-

testan sin prisa y con fervor al sacerdote que le dirige, junto al mulo que lleva los altavoces. Estella, Irache, ván quedándose atrás. Y al concluir la letanía, hemos llegado al pie de Montejurra.

Pero entonces, sin una pausa, comienzan el Vía Crucis. A pura cuesta. Casi en vertical. Sin más camino para la ascensión que un sendero de polvo y piedrecilla que en los días de lluvia será una torrentera.

Y lo difícil, lo penoso, lo específicamente carlista, se acentúa. De estación a estación, cánticos religiosos. Y en los descansos de las estaciones, que el sacerdote vá dedicando a los 64 Tercios de Requetés de primera línea que se formaron en nuestra Guerra de Liberación, un pequeño respiro para mirar hacia arriba y hacia abajo y ver la riada impresionante de las boinas rojas.

A las tres horas y media, llegamos a la cumbre. Y a la cumbre de la incomodidad. En la gruta de la ceja más alta, vá a comenzar la misa. Todo es cuesta. No hay un metro de línea horizontal en todo Montejurra, y somos muchos

miles de personas. Alrededor de los 50.000. En aglomeración de partido de fútbol o de plaza de toros. De pié la inmensa mayoría.

Los altavoces ván señalando las partes de la Misa. Dirán que no se dá más comunión que la del Príncipe Don Carlos. Antes, en el momento del Alzar, las bandas han tocado la Marcha Real, y su calambre emocionante ha borrado la fatiga. Luego, de pié la concurrencia, escuchará con enorme atención el discurso del Príncipe.

En la falda del Montejurra, a la bajada, nos encontramos un viejecito que descansa junto a uno de los puestos de refrescos.

—¿Cansado, abuelo?

—No volvería a subir ni por un carrico de duros.

—¿Y si le dieran un fusíl?

—Entonces... ¡ahora mismo!

IGNACIO ROMERO RAIZÁBAL.

Reyes e intelectuales o monarquías y repúblicas.

No tan lejano el 14 de abril de 1931, pero sí excesivamente frío su recuerdo: somos hoy en España demasiados los que no le vivimos y entre nosotros abundan los que han huido de la objetividad de la Historia para no conocerle en su crudeza y realismo.

La República fué, en sus dos circunstancias de ensayo, la aniquilación de los valores dogmáticos de España.

Desde Fernando VII se tambalea el solar español, y durante el reinado de aquel rey, conocido por el sobrenombre de El Deseado, tan ardientemente esperado por el pueblo, la dinastía liberal comenzará un nervioso proceso de desequilibrios sin medida.

Las Cortes de Cádiz y la fuerza de la masonería en España, se encargarán de agravar aún más la situación; Napoleón, no victorioso con las armas, arrojará sus principios franceses por la Península y la simiente, cual si hubiera sido esparcida por el «buen sembrador» de la parábola evangélica, producirá el ciento por uno.

Mientras tanto, sin ninguna descendencia el rey, buscará soluciones en un cuarto matrimonio: y será la niña Isabel quien venga a destrozar más los destinos de la Patria.

La Ley Cognosticia Mixta y Gombeta, que desde Felipe V estaba en vigor, prohibiendo el reinado de las hembras, y el propio derecho en ejercicio, concedía toda la legitimidad al príncipe don Carlos, hermano del rey.

Pero el amor de padre podrá más que la justicia de rey en don Fernando, y usando de un absolutismo despótico y sin ningún concurso de Cortes, derogará la Cognosticia e implantará la Pragmática...

Empezará a existir en España una fuerte y a la vez nueva fracción: nacerá la ideología del Carlismo y será su existencia la que de generación en generación llevará por los caminos de España el sistema tradicionalista.

Pero este sistema no será aceptado como fórmula nacional práctica y frente a él y en el poder, se usará y abusará de la monarquía constitucional y parlamentaria; Isabel II aceptará conductas tan extrañas como la desamortización de Mendizábal y los propios hombres de gobierno se constituirán en banderas y banderías.

El pueblo se sentirá molesto y agraviado, la situación empeorará e Isabel II se verá obligada a abandonar España por una necesidad imperiosa: Amadeo de Saboya, durante dos años, ejercerá el poder de rey, mientras, se abofetean las creencias del pueblo y la masonería presiona con sus consignas al Estado.

Se reclama una República en una España sin republicanos: el poder de los reyes se hace poder de intelectuales y aquellos entendimientos políticos, en una votación decisiva, abogan por la eficacia de una República. Así conoció España los resultados de su primer ensayo, en tanto que Emilio Castelar la recibe con los elogios de sus famosas palabras: «Este acto, señores representantes, es un acto verdadera-

mente religioso; y debemos llevar nuestros ánimos y nuestro corazón al cielo, para pedirle al Dios de Colón y de Washington que bendiga nuestra obra».

Saqueos, incendios, asesinatos, desmanes de todas las clases y condiciones y en todas las esferas, unido al deseo de independencia de varias regiones que formaron gobierno aparte, vivió aquella primera República española, que en su corta existencia conoció a cuatro Presidentes: Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar. Inseguridad en el orden, mal estar en el Gobierno e indisciplina en toda España, fueron las tres notas esenciales que la caracterizaron.

Dios bendijo a Colón y a Washington, pero maldijo la obra de la República: porque su obra no fué sino de destrucción y de barbarie; y su razón una falta absoluta de consecuencia en las razones de los entendimientos. Un paréntesis en la historia, desgraciadamente un triste paréntesis, del que mejor es no hablar, y nos encontramos frente a Alfonso XIII, el Rey; y ante Ortega, el intelectual.

Si en lo político la dinastía liberal fué desgraciada en sus aciertos, porque juzgada en su conjunto es éste y no otro el calificativo que merece, no fueron nuestros intelectuales de las dos repúblicas más consecuentes en sus sistemas, ni obtuvieron éxitos mejores en sus empresas.

El artículo de Ortega en «El Sol», Delenda est Monarchia, en el año 1930, nada nuevo nos dijo, aunque fuera totalmente nuevo el escándalo que con el mismo produjo, y sí en cambio mucho de lo viejo, que en otro léxico, y con expresiones más corteses y comedias, ya nos habían dicho Balmes, Menéndez Pelayo Mella, el propio Donoso Cortés converso, y tantos otros pensadores: porque fué aquella dinastía de D. Alfonso una dinastía que nació con demasiados precipicios como barreras; en todo tiempo estuvo destruida, y no fueron ni videntes ni profétas las alarmas de D. José.

La vertebración de España no es empresa que estuviera a cargo exclusivo de los hombres de la europeización: la escuela tradicionalista, bastante más antigua que aquella otra, y por boca de todos y cada uno de sus pensadores era precisamente lo que sostenía.

Sólo una diferencia separaba a unos y otros hombres: el modo en que había de llevarse a cabo la solución, y el que ésta fuera o no española. Lo cierto es que el problema estaba en España, y que la solución, de los «genios de la europeización», ensayada por dos veces, no dió ningún resultado provechoso... La escuela tradicionalista no pudo practicar; porque jamás se la dejó pasar los linderos de su sistema teorizante.

Evidentemente que la República fué traída por los intelectuales, pero resultaría equivocado el afirmar que los intelectuales destronaron a la monarquía.

No se puede negar cierta eficacia en este orden —, desarrollada por Ortega a través de sus artículos en «El Sol», pero atribuirle a él todo el máximo poder en cuanto guía, sería desconocer la brutal fuerza que tras sus espaldas venían ejerciendo el comu-

nismo y anarquismo españoles, y conceder un trabajo de brillo espiritual — en cierto modo — a lo que tuvo otro nombre: imperio de masas.

Y por encima de este nombre, una conducta impropia del rey: el abandonar su Patria, su corona y su autoridad, ¡para ahorrar sangre!

«No quiero, no, que por mí se derrame una sola gota de sangre», fueron las palabras textuales de D. Alfonso. Exclamación aquella que pudo tener mucho de rey, pero que nada tuvo de soldado.

Ortega, Marañón y Pérez de Ayala, harán posible la República, y ellos, los tres, serán los primeros en repudiarla. Como es de suponer que luego repudiaría Alfonso XIII la sangre de más de un millón de españoles, ¡por ahorrar sangre!

Don Alfonso nos entregará atados de pies y manos a un Comité Revolucionario. Y el manifiesto de los intelectuales nos arrojará a la chusma, como residuos de carne a perros hambrientos.

La hoguera comenzó a arder y sus llamas no respetaron conductas, ni jerarquías, ni valores espirituales y humanos... Desde la quema de conventos hasta la profanación de imágenes, todo resultaron piezas adecuadas para su destrucción.

Esta fué la misma República que prometiera Alcalá Zamora: «Será una República con Cardenales y Senado, bajo el patrocinio de San Vicente Ferrer».

El conato de Alzamiento, del 10 de agosto, dirigido por el General Sanjurjo, no produjo los frutos apetecidos, ni en uno ni en otro orden: porque la sangre de aquellos héroes, entre los que merecen citarse a Justo San Miguel y a José María de Triana, estudiantes y afiliados a la Agrupación Escolar Tradicionalista (A. E. T.), y primeros mártires, ni consiguió derrotar al poder republicano, ni obligarle a éste a variar sus tácticas.

La U. G. T., la C. N. T. y la F. U. E., cada una en su escala de acción correspondiente, maquinaban abiertamente dentro de la segunda República: porque en realidad no fué otra cosa que una consigna de Moscú lo que hizo posible la arribada al poder de la República. El 14 de abril de 1931, tiene un nombre y un símbolo en España: su nombre es sangre; su símbolo es rojo: porque también es sangre.

Los desmanes culminaron con el asesinato de Calvo Sotelo, y si la Cruzada del 36 no pone término a la crueldad y al atropello bárbaro y atroz de aquellas fieras sin bozal, España no tendría hoy ni su suelo ni sus hombres: tal fué nuestro paraíso de cadenas, grilletes y fusiles.

Un hecho curioso, de consternación y pismo, que la Historia ha reflejado y más pareció leyenda romántica que novedad en su momento, es la aparición en el campo de batalla de las boinas rojas de requetés, que viejos guerrilleros, voluntarios heroicos de las carlistadas que comenzaron en el 1833, como resucitados, hacen renacer en España aquella Tradición que un día dijeron guardar para un nuevo tiempo de esplendor hispánico: ¡estamos en 1936!...

JUAN ANTONIO IRIBARNEGARAY JADO

NÁPOLES HISPÁNICO

Pasear por algunas ciudades italianas, como Nápoles, es retornar a la mejor de las Españas. Las voces de las gentes, el tono del colorido, la misma aérea palpitación de los modelos, atestiguan que esta tierra fué por un puñado de sus mejores años antieuropea, española. Si Dios me diera vida—argüía yo pocas noches ha a un profesor de muy distinta ideología—alguna vez he de escribir un libro en donde resume mis napolitanas experiencias y en el que quisiera mostrar al hombre iletrado y sencillo, de la Forcella o de Montecalvario el por qué español, y por español napolitanísimo, de tantas sus muchas reacciones aparentemente incomprensibles.

Hoy mi tarea es más modesta: quisiera razonar en pura historia del pensamiento napolitano la línea secular del reino de Nápoles, prólogo de aquel futuro libro mío. El año de investigaciones que en las bibliotecas napolitanas llevo, ayudará a una comprensión tradicionalista de Nápoles de la que resultará la evidente realidad de que el panorama del Nápoles auténtico solo resulta hacedero desde la Tradición total de las Españas.

Porque el Reino de Nápoles empieza a existir como entidad social coherente cuando Fernando el Católico doma la levantisca nobleza y establece con mano justiciera y poderosa un bien común napolitano por encima de las ambiciones políticas de tantos reyezuelos anárquicamente potentes, capaces de vender el Reino al mismísimo Turco, como más de una vez efectivamente planearon. Nápoles fué reino, y no monarquía que flota cual navío sin timón sobre los encrespados mares de las ambiciones señoriales, solo cuando el Reino entra en la gran confederación de las Españas.

Sin que fuera esta la sola acción de la realeza inaugurada por Fernando el Católico. A partir de él el reino de Nápoles, orgánico y unido, participará en la cruzada contra Europa por los Reyes de las Españas emprendida. En mi obra en publicación sobre el particular, razono el valor histórico de semejante decisión para la Cristiandad y para el reino de Nápoles. Baste señalar ahora, como segunda consecuencia del ingreso del reino en las Españas, que el pueblo napolitano fué convocado por sus reyes a la defensa de la Cristiandad. El poderío de las Españas alejó definitivamente la amenaza turca de una parte, satisfaciendo los anhelos de popular sosiego; de otra acuñó en Nápoles un pueblo antieuropeo.

Porque Europa no es un concepto geográfico, sino histórico, que por histórico nace en fecha determinada con energía polémica. Geografía es el Occidente, donde hasta el 1560 el sistema de vida humana se jerarquiza en la idea de la Cristiandad; Europa es lo que sustituye en tierras de Occidente a la Cristiandad gracias a cinco rupturas sucesivas del orden cristiano del Medievo: teológica con Lutero, ética con Maquiavelo, política con Bodin, filosófico-jurídica con las secularizaciones del tomismo por Grocio y del voluntarismo por Hobbes, institucional con los tratados de Westfalia.

Los Reyes de Nápoles, que son reyes de las Españas todas, luchan contra Europa; y el Reino sigue la llamada de sus Reyes. Los regimientos napolitanos de Camilo del Monte asedian Amberes en 1585; Gerónimo Caraffa, marqués de Montenero, defiende en 1597 la plaza de Amiens contra los asaltos franceses; Carlo Spinelli combate en Praga en 1620; Lelio Brancaccio se hace fama a las márgenes del Rin; Gerardo Gambacorta guerrea contra el Piamonte; Juan Vicente Sanfelice, conde de Bagnoli, campea contra los holandeses en el Brasil. Quien lea *Il genio belicoso di Napoli* de Raffaele Maria Filamondo, encabezado por un título que es todo un poema de gesta¹, verá cuán fué cierto que Nápoles era militarmente antieuropeo, ser-

vidor cumplido de sus reyes. Y quien abajo firma lleva en la sangre el testimonio de un capitán de los tercios hispánicos de Nápoles que sirviendo al Rey Felipe IV encontró en un rincón perdido de Castilla la mitad extremeña de su corazón napolitano.

Parigual actitud vige en el orbe del pensamiento, como espero mostrar en mis estudios. Radicalmente enemigo de Europa el Reino de Nápoles, aguza los estilos de su personalidad en todos los terrenos, de acuerdo con el carácter federativo de las Españas, y en la literatura asistimos durante el siglo XVII a la primavera de los escritos en idioma propio. Gian Battista y Domenico Basile, Giulio Cesare Cortese, «Filippo Sgruttendio de Scafato», Giambattista Valentino, Andrea Ferrucci, «Masilo Reppone», Gabriele Fasano, «Giancola Sitillo», «Ferdinando Boccosi», «Santillo Nova», «Arnoldo Colombi», Giacomo Antonio Palmieri, Nicoló Capasso, son la cohorte nutrida que afirma en el ámbito de las bellas letras la personalidad histórica del reino de Nápoles, cosecha madura de la sementera de unidad robusta sembrada por Fernando el Católico y regada por sus sucesores.

Pero Europa venció a las Españas y Nápoles fué vencido por Europa. Cuando las naciones europeas vencedoras impusieron la desmembración de las Españas vencidas y el avatar fatídico de los sucesos sentó en tronos hispánicos a franceses europeizados, Felipe V en Castilla y Carlos III en Nápoles significan el fin de las Españas. La introducción del absolutismo abstracto, enciclopedista, «renovador» y europeizante fué la fórmula que imperaba en la Europa del siglo XVIII bajo la égida francesa y es la fórmula política que Europa vencedora nos impuso.

Mas con ella asesinaron el espíritu nacional de Nápoles, lo mismo que asesinaron el espíritu peculiar de Cataluña o de Castilla, lo mismo que torcieron el curso de la historia de los hispánicos en Indias.

Los forasteros iniciarán la desespañolización del Reino. Un genovés, Paolo Mattia Doria, comenzará la leyenda negra de la mendicidad, de la calumnia y de la incomprensión; un pisano, Tonucci, conducirá la campaña europeizadora asesinando a un francés, Carlos III.

Pero las reformas materiales y administrativas se acompañan a la muerte espiritual del Reino. Cuando se europeiza, Nápoles es cuerpo sin alma. Los postreros escritores del idioma napolitano pertenecen todavía a la postrera generación hispánica, aunque publiquen sus obras bajo los Borbones europeizadores: Nunziantz Pagano había nacido en 1683 y Biagio Valentino en 1688. Son miembros de la misma generación de Giambattista Vico, formado en los días españoles y cuyo mérito consistió en que acertó genialmente al plantear la continuidad del pensamiento hispánico, acentuando la consideración de lo histórico en una Europa dominada por los abstraccionismos del jussnaturalismo protestante. El que se asentaran físicamente en Nápoles reyes solamente napolitanos supuso precisamente el fin del reino en lo espiritual. Aquellos tres nombres son florones postreros del Nápoles que muere a manos de la europeización borbónica. El cambio es irremediable; porque los reyes de las Españas gobernaron como napolitanos aunque físicamente residieran lejos, mientras que ahora un francés va a hacer en Nápoles política europea.

Fuó un furor colectivo por renegar de Nápoles los napolitanos, como si con la salida de la confederación misionera de las Españas el alma y la cultura patrias hubieran perdido su razón de ser. Pudieran aplicarse a todos los ramos del pensamiento y de las letras las palabras que Ferdinandi Galiani escribió, con dramáticos acentos tristes, sobre el uso del idioma: «Al esplendor de esta nueva luz de ciencia y de sabiduría, la nación se vió con otros ojos y se

avergonzó de sí misma. Por la cadena de ideas ya forjada e imposible ya de romper, fué el propio lenguaje lo que más la impresionó, cubriéndola de humillación y de sonrojo. Casi se avergonzó de haber hablado. Pero no siguió a semejante pena la decisión de enmendar y de purgar su dialecto. Fué presa de otra resolución tan extraña cuanto desesperada. Se resolvió por unanimidad renegar, aborrecerlo, escarnecerlo; y de esa suerte, por estímulos de honor (¡cosa increíble!), la nación entera se puso a escarnecerse y a vilipendiarse a sí misma. Poco faltó para que no quedase muda por completo. Pero, para no perder la mayor característica del hombre que es el habla, tomóse la resolución de abrazar con fervor, no ya el común italiano, sino el estrecho idiotismo toscano. Se trajeron furiosamente desde la Toscana ediciones de los autores santificados en la lengua por indeclinable sentencia de la Crusca; se reimprimieron muchísimos; casi se aprendieron de memoria. Todo el mundo se dedicó a resolver vocabularios, gramáticas, reglas del buen decir toscano. Niccoló Amenta y otros publicaron volúmenes y volúmenes sobre cualquier minucia gramatical toscana. Nuestros doctos casi no se ocupaban de otra cosa. Llegaron a ser agudísimos y puntualísimos parlanchines. Y, casi para expiación de nuestro pecado, se aprendió con avidez a hablar y a escribir en el más rebuscado de los decires florentinos»².

Los viejos enemigos del siglo XV, los franceses, los toscanos, tomábanse la revancha. Ya no había un puño ni un temple parejos al del Católico Fernando, ya las Españas vencidas agonizan, y entre esas Españas vencidas agoniza Nápoles. Cuando en 1860 se realice la unidad risorgimentale bajo el digno barbudo, piamontés, europeo y anticlerical de Garibaldi, el cuerpo muerto del reino de Nápoles se derrumbará como un cadáver de donde ciento cincuenta años atrás voló ya el alma.

Pero la Europa vencedora no perdonó a Nápoles haber lidiado las causas de la Cristiandad. Los vencidos pagan y Nápoles pagó recibiendo el desprecio de los vencedores, ni más ni menos que el resto de los pueblos españoles. Lo más doloroso fué que aquí, además, el desprecio venía de los que se llamaban «hermanos» por habitar en la misma península itálica, de los florentinos y de los venecianos que otrora quisieran poner al Reino de Nápoles en manos de los turcos. La famosa «cuestión meridional», tan traída y llevada durante los últimos cien años a partir de la invasión garibaldina, no fué ni es otra cosa que la inadaptabilidad de Nápoles, a causa de sus restos de hispanismo, a las concepciones europeas que en las puntas de sus bayonetas llevaban los conquistadores piamonteses. «El término de «questione meridionale»—ha escrito Salvatore Francesco Romano—sirve para designar con una fórmula comprensiva las dificultades encontradas por el nuevo Estado para extender las instituciones piamontesas a las provincias del Mediodía»³. Bajo los Reyes de las Españas Nápoles fué un reino aparte, con cultura e instituciones propias, nunca intentado asimilar imperialísticamente ni por Cataluña ni por Castilla; bajo los Saboyas, Nápoles es una «cuestión», provocada por el afán de hacerlo toscano en cultura y piamontés en instituciones.

Muchas cosas quedan todavía vivas en la intrahistoria de las costumbres, ahora que ya el Reino de Nápoles está cadáver desde el 1700 y fué enterrado en 1860. Por ejemplo, la idea de Dios o el concepto de la mujer, cuya armonía moral y física, cuya integridad humanísima en Nápoles ha sido explicada por un escritor tedesco de nuestros días cual la consecuencia del sentido hispánico y antieuropeo del Mediodía de la península italiana.⁴

De lo que queda, sobremanera de lo queda en los archivos humanísimos de los sentires populares, quisiera ocuparme en aquel mi libro,

siquiera no fuera más que para rebatir el desprecio que a las esencias de Nápoles tenía aquel mi europeizado profesor amigo. Pero esa empresa reuniré el estudio pormenorizado de los escritores del Nápoles cuando Nápoles existía en la plenitud de sus realidades históricas, a la sombra de los Reyes incomparables de las Españas calumniadas.

Tal vez así conseguiría topar con un pedazo

vivo de la Tradición hispánica, en una hora en la que tantos descastados insisten en la venenosa hazaña de europeizarnos hasta la muerte pura, en el ansia contranatural de maldecir los propios padres.

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA.

1.—*Il genio belicoso di Napoli. Memorie storiche d'alcuni capitani celebri napolitani c'han militato per la Fede, per lo Re, per la Patria, nel secolo corrente.*

2.—FERDINANDO GALIANI: *Del dialetto napoletano*. 1770; Edición de FAUSTO NICOLINI en Napoli, R. Ricciardi, 1923; Páginas 196-198.

ANTONIO ALTAMURA ha podido hablar con razón de la «tiranide linguaioia dei cruscanti» en la página 31 de su excelente introducción al *Dizionario dialettale napoletano*. Napoli, Fausto Fiorentino, 1956.

3.—SALVATORE FRANCESCO ROMANO: *Storia della questione meridionale*. Palermo, Pantea, 1945.—Página 11.

4.—U. MANTELL: *Kleine Kulturgeschichte der grossen Sehnsucht*. Traducción italiana bajo el título de *Piccola storia del peccatto*. Milano, Longanesi, 1956.—Página 271.

LA HETERODOXIA ESPAÑOLA Y LA CONVERSION DE GARCIA MORENTE

Muchas veces he pensado en el extraño ambiente de los que llamaríamos, con expresión de Menéndez Pelayo, «heterodoxos españoles». Estos grupos existen hoy en España en una forma más de grupos o ambientes en torno a una obra común (pedagógica o editorial por ejemplo) que concretamente antirreligiosa o política como antaño. La última y gran escuela de heterodoxia española alcanzó un grado de madurez y eficacia social que no poseyeron las anteriores. Me refiero al grupo de profesores y universitarios formado en torno a la figura central de D. José Ortega Gasset y a la que fué Revista de Occidente. Ya no tenía este grupo el claro sectarismo ni las extravagancias de ciencia arcaná que caracterizaron al antiguo krausismo y a la Institución Libre de Enseñanza, ni, mucho menos, la violencia irreligiosa del primitivo liberalismo de cátedra, miliciano y desamortizador.

La nueva heterodoxia española pretende ser una escuela de regeneración nacional por la educación y el trabajo, una escuela de ciudadanía y de disciplina social. En lugar del antiguo espíritu antirreligioso se procuró inspirar a sus adeptos una frialdad crítica un tanto despectiva hacia la religiosidad vehemente y personal del pueblo español, a la que atribuía su estado de atraso y de holganza, sus luchas permanentes, su incultura e insolidaridad. La educación y la cultura, la lenta realización de obras en equipo en las que un estricto cumplimiento lograra un alto grado de perfección sobre todo estética, irán alcanzando ese abandono de los antiguos ídolos y de los viejos rencores de secta o confesión. El moderno intelectual de izquierda, y los ambientes que crea, son respetuosos y tolerantes, aparentemente fríos y neutrales: Sólo conservan de lo que caracteriza al grupo disidente el trabajo en equipo, la ayuda mútua y el entusiasmo competidor por sus obras en común.

Sin embargo, se encuentra tan profundamente arraigada la religiosidad cristiana en el pueblo español—sea positiva o negativamente según los casos—, es tan fuerte la herencia de ocho siglos de Reconquista y dos de luchas de Religión en Europa, es tan imperiosa y fecunda la sangre de los mártires, que los heterodoxos necesitan aun hoy en España de una inmensa fuerza contenida de pasión y de cohesión de secta para mantenerse en ese papel fríamente laicista o europeizador. Apenas si puede darse entre nosotros el indiferente en religión que lo sea de una manera fácil y espontánea porque el ambiente no le plantee a diario la problemática humana que esa actitud supone.

De aquí que sean tan frecuentes en España las conversiones entre los intelectuales hostiles a la significación comunitaria, religiosa, de nuestra convivencia patria. Y que este cambio de actitud no sea en ellos un simple abandono de sus entusiasmos laicistas, sino una entrega franca, un retorno emocionado y fervoroso a la fe de sus antepasados.

La fortuna me hizo conocer de cerca los primeros pasos por la fe de uno de esos conversos: el Profesor D. Manuel García Morente, catedrático que fué de Ética en la Universidad de Madrid y la figura que podría considerarse como el más técnico y científico de los intelectuales afectos a la filosofía orteguiana y a la

Revista de Occidente. Su retorno a la fe y su decisión de abrazar el sacerdocio conmovieron a España hacia el final de la última guerra civil. Como alumno de la Facultad de Filosofía y Letras fuí testigo de su reencuentro con la filosofía como docente en los años de su diaconado y ordenación sacerdotal. A las impresiones que me dejó aquel reencuentro de los problemas bajo una nueva luz quiero referirme aquí.

Después de 1939 sólo una promoción de filosofía—la que se ha llamado «generación de la guerra»— cursó la carrera completa bajo el magisterio de García Morente. A los pocos meses de obtener nuestra licenciatura moría inesperadamente el maestro después de una operación, al parecer, afortunada. Hace de esto quince años: diciembre de 1942.

La conversión de García Morente no se había realizado sólo a través de un proceso de convencimiento intelectual o de vivencia histórica como en Maeztu y en tantos otros, sino en una forma estrictamente religiosa, directamente sobrenatural. Su espíritu se encontraba bajo la impresión de los bárbaros crímenes desatados en la España roja, que habían llenado de luto su propio hogar, y que, ya de lejos, experimentaba una honda desilusión hacia los hombres y las ideas que habían constituido su ambiente; hacia ese vivir extravertido, falto de sinceridad, amorfo, lleno de cobardía mental, de que había hablado en su «Ensayo sobre la vida privada». Pero su conversión misma fué una luz bajada de lo alto, un inmenso consuelo, una voz interior que, como la que hablara a San Agustín, premió su búsqueda sincera de la verdad llenando de paz su espíritu inquieto y anhelante. Fué Cristo mismo otorgando la gracia de su llamamiento a este espíritu atormentado y bueno. Y Morente sintió sólo eso: la voz del Padre, la presencia dulcísima del Pastor y del redil. Pero la filosofía—la propia y la de los demás— «seguía ahí», ajena a todo ello, pendiente para él de una rectificación o de un replanteamiento.

Y una tal rectificación no se improvisa, ciertamente. Sería preciso volver a pensarlo todo de nuevo desde otras verdades radicales, verlo otra vez bajo una nueva luz, adaptar lo que fuera posible, recrear concepciones enteras... Para esto haría falta tiempo y recogimiento. Más todavía para exponerlo en clase con esa sencillez y evidencia que hacía de él un maestro maravilloso. ¿Quién duda que la facilidad expositiva y lo sugestivo del discurso nacen siempre de una mente clara, de ideas muy pensadas y sometidas a sistema?

Morente había sido el profesor perfecto, uno de los poquísimos que en la docencia universitaria han sabido estar en su puesto. Precisamente porque nuestras actuales universidades no son ya auténticas instituciones y porque carecen de coordinación y unidad docente, sus profesores suelen ser eruditos, investigadores, literatos; todo, menos maestros. El alumno medio que sale del colegio sin saber estudiar y sin cultura general, con sólo una absurda técnica para aprobar la reválida, se encuentra de pronto en unas clases en las que se le expone el último matiz de moda en determinada ciencia, el aspecto destacado por el más reciente libro del profesor, siempre dando por conocida la ciencia misma y el ambiente cultural y humano en que se halla envuelta. Ello produce

en el principiante una desorientación tan profunda y antinatural que en muchos casos le resultará insuperable o deformadora.

Morente era en la sección de Filosofía el refugio del angustiado principiante, el verdadero maestro que, con un lenguaje pausado y sencillo, sabía ir de lo conocido a lo desconocido abriendo al alumno en forma gradual perspectivas y soluciones objetivas y asequibles. Era catedrático y consideraba a la cátedra como su cometido en la vida, no como una función marginal o una especie de coronamiento de otras actividades.

Pero para esa difícil función pedagógica y orientadora era preciso, como he dicho, aquella mente clara, sintética, de ideas largamente maduras. ¿Podría estar en condiciones de ofrecer lo que de él se esperaba, lo que siempre dió, el Morente recién convertido, con su formación filosófica marburguesa y orteguiana—laicista en todo caso—que en su inspiración profunda pugnaba con su nueva fé? El expresó repetidamente su deseo de retirarse a pensar y a orar fuera del ambiente universitario al ejercicio de su ministerio sacerdotal «en algún pueblecito de España», o como capellán del convento en que había profesado su hija...

El Obispo de Madrid-Alcalá, su prelado, opinó, sin embargo, de diferente manera: en la tan necesaria reconstrucción de la Facultad de Filosofía y Letras eran insustituibles el prestigio y el magisterio de un antiguo Decano. Morente, dócil a toda insinuación que pudiera representar la voluntad de Dios, por dura y difícil que le resultara, accedió a ocupar su puesto en la reapertura de aquella Facultad que había sido el reducto de la Institución Libre de Enseñanza. Y la práctica demostró hasta qué punto estaba justificado el consejo del Obispo. En aquel primer curso de la sección de Filosofía, casi enteramente falto de profesorado, Morente hubo de explicar, además de su propia cátedra de Ética, las de Cosmología y Teodicea, y de sus labios escuchó aquella promoción las primeras y casi únicas palabras de Filosofía cristiana, la esperanza de una nueva vida y un nuevo ambiente.

Su cometido, sin embargo, hubo de resultarle aún más arduo por el alumnado que acudía a escucharle. He dicho que fuí testigo de excepción en aquellos tres cursos de su reaparición docente. Es que de toda aquella numerosa promoción de la postguerra éramos muy pocos los que, meros bachilleres, le escuchábamos simplemente para aprender la filosofía que ignorábamos. Los demás, más que alumnos eran espectadores. Muchos, eclesiásticos que, desde una previa e inamovible formación filosófica, querían asistir a la esperada adaptación o rectificación de ideas; otros, alumnos rezagados de la Facultad anterior a la guerra, de formación izquierdista, que asistían con curiosidad a las clases del nuevo Morente. Unos y otros escuchaban su palabra y valoraban su esfuerzo sólo en orden a puntos de vista prefijados.

Morente optó en aquellos cursos por tratar temas concretos, monográficos, a través de los cuales iban apareciendo los horizontes y las categorías de la asignatura, y en los que mez-

ESPAÑA, EUROPA Y DONOSO CORTÉS

Cuando tanto grito estéril se ha dado en busca de una solución lógica que permita poner en claro el porqué de esta crisis católico-intelectual en España, surge Donoso Cortés. Que olvidado hasta el apuro casi, como todos los pensadores católicos, ha dicho a Europa: «Donde el talento mismo ha de ser causa de perdición, allí pone Dios príncipes entendidos.»

Entre esta razón de Donoso, y aquella sinrazón de Joseph Chenier «no hay hombre grande sin virtud», para que el cadáver de Mirabeau fuera sacado del Panteón de Grandes Hombres de Francia, media toda una conducta, que considero vital en el campo de la dialéctica. Porque juzgo que no puede haber verdadero triunfo de los derechos absolutos de la verdad, sin que ésta esté presidida en la dirección hacia nuestros fines por la crítica objetiva.

Yo creo que es interesante el advertirlo, y quisiera hacerlo por eso: Europa conserva el eco profético de Donoso Cortés; en Europa está enclavada Es-



paña, que dijo un día con Unamuno no sentirse europea... Pero ¿siente algo más que un eco?

Francia, hasta últimos del 1700 es todavía una frase ocurrente. Un siglo después Donoso la apellidará «el club central de la Europa».

Si a España la queda aún aquella honra gloriosa más que su Armada Invencible, ¿por qué España no levanta sus brazos en una nueva reconquista?

El nombre de Donoso Cortés es un arma de las

primeras a usar en esta campaña de desigualdades especulativas: porque es algo más que un nombre. Es una meta final que ha tenido en su camino una gran diversidad de procesos.

En 1853 muere el Marqués de Valdegamas. ¡Tenía cuarenta y cuatro años! Si examinamos su vida — que entiendo por inquietud sin dinamismo — encontramos frente a sí dos facetas esenciales como guías únicos para su inteligencia.

Donoso ha sido racionalista: luego ferviente católico. Pero este luego comprende poco tiempo: desde su conversión — llamada así por él mismo — hasta su muerte.

¿Qué ha hecho Juan Donoso Cortés en ese espacio de tiempo?

Encontrarse a través de su inteligencia: en un encuentro con proyecciones hacia la humanidad entera de Europa. En un encuentro con Europa misma.

Es él quien empieza a señalar su verdadera decadencia — la de Europa —, con un método riguroso de visionario, ¿de profeta acaso? No, porque entonces su esfuerzo no hubiera sido esfuerzo, sino inercia.

Sabrán primero que Spengler «que la Historia es algo que no tiene para nada en cuenta nuestras esperanzas» y haciendo una lucha titánica por sobrevivir a la esperanza histórica, buscará un camino de realidades efectivas que llegará a encontrar.

Ese camino, que existe, que vive en las cosas como su propio yo, mejor aún, haciéndolas posibles en su yo, en su ser, será para Donoso, Dios.

Pero no ese Dios que muchos católicos convierten simplemente en auténtico y genuino Dios cuando los instantes cruciales de la desesperación o de la necesidad mandan, sino el Dios que puso en movimiento a la tierra y al hombre, y al que la tierra y el hombre deben el pulso perpetuo de su vitalidad.

Donoso, a quien no podemos llamar filósofo, porque el siglo XIX, más consecuente que el XX, calibraba con justeza el nombre propio de la Filosofía, estudia esta ciencia desde los tiempos antiguos a los modernos, haciendo un claro paralelo

entre la filosofía del ser y la del conocer. Platón y Aristóteles, se hallan en él, como Kant y Descartes.

Pero no fué ni aristotélico, ni cartesiano, lo que no puede equivaler a encuadrarlo entre los eclécticos. Para Donoso el eclecticismo no dejaba de ser otro método, y claramente dejó dicho que no creía en su existencia.

Fué racionalista, y cuando conversó abandonó a la razón como único poder de posible orientación, se entregó a la exclusiva verdad en el orden del saber: a la Religión, que es fé y conciencia.

El Marqués de Valdegamas ha encauzado su vida y todas sus creencias comienzan a representar dogmas humanos encaminados por valores divinos: abandonará la práctica de la monarquía constitucional y se entregará en política a la teorización de la Monarquía entendida como función social.

Donoso Cortés será ya un sólido cimiento de la Tradición en España. Pero un cimiento de profundidad política incluso, porque si no llegó a abrazar de forma absoluta, terminante, el credo Carlista, adscribiéndose al Programa de Don Carlos, nos dejó una concepción tan plenamente confirmada de sus teorías en cuanto a la Política — a su nueva política, es claro —, que toda su técnica encarna la bandera que con el nombre de Legitimidad defendieron durante el siglo XIX y gran parte del XX los más altos pensadores de la Tradición como Historia bajo el concurso del hombre.

¿No será acaso esta inoperancia tajante de Donoso Cortés que se manifiesta desde su conversión, lo que más nos le ha desvirtuado?

Porque hoy en España todavía es discutido como eslabón del tradicionalismo, cuando precisamente «hoy» más que nunca esa Europa que levanta su figura profética, no es otra que la Europa tradicionalista, la no contagiada, la vena de Europa que salvará posiblemente a la Europa decadente.

España debe de hacer mayor alarde de Donoso Cortés. ¿No necesitará España conocer más a Donoso Cortés?

RAFAEL SAN MARTIN.

Política de incorporación.

A los 125 años de Carlismo. — El Norte ha quedado en el ayer. El hoy está con nosotros: es nuestro vivir al día. Vivir al día no es huir de la Historia, sino sentirla clavada; haber tomado de ésta lo mejor e incorporarlo a nuestra hora. Lo mejor no son los hombres: en éstos cabe la traición, en aquélla sólo la verdad. La verdad es el programa. Nos atenemos a él, a su contenido, a su realidad..., a ciento veinticinco años de existencia

Cada fecha ha sido una incorporación nueva, un nacer bajo el signo de época distinta, un incorporar a lo eterno — que es de siempre — el progreso que crece con el tiempo a medida que a éste se le va conociendo.

El hombre ha sido el enlace entre cada año de vida, entre cada generación en marcha. El hombre, con su conocer positivo y verdadero, con lo concreto y aprovechable de su obra.

Cada generación, un sistema; pero cada sistema, ajustado a unas verdades idénticas, inamovibles e inalterables. El Credo, el mismo: cuatro premisas programáticas. En todo lo demás, la vida nos exige alteración, quehacer político — en línea recta — pero con amplias variantes.

No somos intemporales: porque no somos únicamente verdad religiosa, sino también realidad política, especulación humana.

En nuestro reyes y en nuestra escuela tradicional, se hallan verdades enteras; de los demás hombres debemos tomar aquellas razones que nos son útiles y aprovechables. En cada uno de éstos — que íntegramente no nos representan —, se encuentran — sin embargo — conocimientos, cultura, valor intelectual

y político que no podemos rechazar; a veces nos veremos obligados a grandes vertebraciones de su doctrina: vertebraremos entonces, jamás destruyamos enteramente.

El tradicionalismo no es nada inquisitorial ni prehistórico; nada viejo ni reaccionario. 125 años, recogidos por unas nuevas generaciones, nos demuestran una altura, un crecimiento, tanto en necesidades nuevas como en urgencias distintas.

Nuestra política es de incorporación.

ANTONIO GALLIFA OLIVÉ.

CONSEJO DE "AZADA Y ASTA"

Director:

FRANCISCO-JAVIER ALBORNOZ ESCAJADILLO.

Subdirectores:

EDUARDO RODRIGUEZ ROVIRA.

RAFAEL SAN MARTIN CASTANEDO.

Secretarios:

JUAN ANTONIO IRIBARNEGARAY JADO.

ANTONIO GALLIFA OLIVÉ.

Administrador:

JOSÉ MANUEL FERRER VALLÍN.

Vocales:

MARÍA ADELA GÓMEZ-ULLATE.

BENITO HERRERAS SEVILLANO.

Apartado de Correos núm. 102
SANTANDER

Recuerdo espiritual a

JOSE LUIS HIDALGO.

MANOS QUE TE BUSCAN

Como dos viejos pájaros
que no te conocieran,
mis manos se levantan
sobre toda la tierra,
y en lo oscuro te buscan
creciendo a las estrellas.

Toda la noche está
cerrándome la puerta.
Toda la noche, toda,
como una duda, alerta,
pesándome en las alas
con una sombra negra.

¿He de morir, Señor,
para encontrar la brecha
por donde derramarme
en tu luz verdadera?

JOSÉ LUIS HIDALGO.

«Las impresiones se nos escapan si no
las ligamos a la razón.» — Platón.

Vicente Aleixandre nos ha dicho cómo era. Nosotros no estuvimos con él, a su lado, en su vivir físico e intelectual. Pero no importa. No importa para que le sepamos, para que temblorosos nos acerquemos a su espíritu y le recordemos, le veamos casi. Tenía unos ojos grandes negros. Una frente am-

plia, despejada. Tenía una gran bondad, un gran corazón, un espíritu bueno. Era distinto a los demás hombres: era poeta. También pintaba y era también dibujante.

Sencillo en todo. Nos han dicho que incluso en la palabra, en la expresión. Por eso murió en poeta y vive siéndolo. Llegándose hacia nosotros, metiéndose en nuestro corazón y hablándonos directamente al fondo del alma.

Inquieto, angustiado, vehemente, sincero...

Así era José Luis Hidalgo. Un intento viviente, fundamentalmente preocupado por la vida, y temeroso, vacilante, decidido — todo a la vez y en veces distintas! — ante la muerte.

A él no se le escapaban sus impresiones. Las tomaba, las robaba de la vida y se las metía en la razón; razonaba con ellas jugando a dudar y viviendo atormentado por la duda.

Podría haber sido de otra forma, dirán muchos. El poeta vive para todos, pero al inteligente es dado comprenderle verdaderamente a muy pocos.

José Luis murió a los 27 años. Joven, impresionantemente joven, abandonó el existir, se abrazó con la muerte en una sorpresa que él no se esperaba. Fué un nuevo sueño de su alma de poeta. Y murió cuando más brillaban sus ojos en la luz de la vida. Cuando se espera sólo la esperanza, cuando el vivir parece no costarnos nada.

La idea de la muerte le preocupó siempre. Siempre, menos al morir suyo que fué sorprendido. Siempre, pero en vida, en fortaleza, en pensamiento de hombre sano. Siempre, hasta que Dios le cegó en su enfermedad y le impidió ver.

Escribió «Raíz» y «Los Muertos», dos libros de poesía. «Los Muertos» es su gran obra. Podríamos decir que es el auténtico recuerdo espiritual que nos ha dejado: el camino que hemos recorrido varias veces para comprenderle mejor y hacerle nuestro amigo.

Publicó algunos cuentos y varios poemas. Escribió y dibujó para «PROEL», una revista santanderina que recorrió España en peregrina andanza

montañesa. Y que España entera valoró justamente.

José Luis Hidalgo nació en Torrelavega y murió en Madrid. Murió sin pensar: ¡que ocurrencia! Será mejor decir que sentimos su muerte no pensada. Que se nos ocurre sentirla más por no pensada que por muerte.

Morir es una necesidad. Y cuando el que muere queda espiritualmente con nosotros, junto a nosotros, nos duele la muerte de manera distinta. Queremos a Hidalgo como a un amigo. Y como a un amigo le defendemos siempre. Siempre quiere decir ahora pocas veces. Porque los insensatos, envidiosos y malos, son pocos también ahora. Ellos quieren que le digamos adiós, pero nosotros nos negamos a hacerle esa despedida. Preferimos decirle hasta luego y leer, volver a leerle en «Los Muertos».

MARIA ADELA GÓMEZ-ULLATE.

LA HETERODOXIA ESPAÑOLA...

(Viene de la página 4)

claba aspectos y consideraciones de intención religiosa y apologética. Así, el argumento ontológico en Teodicea; la teoría de la relatividad, en Cosmología; los sistemas hedonistas y la axiología en Ética. La teoría de los valores, con su dualidad de ser y valor y su intuicionismo gnoseológico, seguía teniendo crédito para Morente, que la estimaba armonizable con la filosofía clásica, incluso con el aristotelismo tomista. En estos puntos se observaban sus vacilaciones filosóficas, de las que era consciente y no hacía misterio. Así pugnaba por asimilar el trascendental *bonum* con el *valor* de la teoría scheleriana. «Sigo creyendo —decía, en frase que recoge don Juan Zaragüeta— que se puede y debe verter la verdad cristiana católica, sin menoscabo alguno, dentro de las formas y del ambiente intelectual de la filosofía contemporánea. Y confío en que, Dios mediante, estaré en condiciones de hacerlo... pero todavía no lo estoy para hablar dignamente de Dios y decir lo que creo que se debe decir de Él en 1940».

Estas naturales vacilaciones — convertidas para él en violento problema por la ineludible labor de clase — se manifestaban sobre todo cuando el tema le conducía a cuestiones metafísicas, propiamente de sistema. Recuerdo dos clases especialmente significativas que a mis compañeros de aquella época les impresionarían como a mí mismo. En una de ellas, arrastrado por el tema del conocimiento, hubo de repetir el viejo esquema orteguiano que él había incorporado años atrás: «...el realismo conoce sólo la realidad exterior de las cosas e ignora la intimidad del Yo; el idealismo, en cambio, desconoce las cosas y lo reduce todo a la subjetividad del Yo. Pero ambas realidades, el Yo y las cosas, son inseparables y se dan en una sola y única realidad radical que es la vida...»

Parecía repetir aquella cantilena simplista de un modo ritual, falto de fe, formulario. A los pocos días, en otra clase, volvió a surgir incidentalmente la vida como realidad primera. Entonces se detuvo un instante, y como hablando consigo mismo, le oímos: «...Bueno, la vida; al fin y al cabo... una abstracción más...» Creo que aquella frase constituyó su veredicto definitivo sobre algo que, en el fondo de su alma, consideraba hacía tiempo una postura más de un ambiente esticista, falto de tragicidad y de «vocación clara».

Si Morente no pudo alcanzar en aquellos tres años la ansiada síntesis entre lo más sano de su antiguo pensamiento — el vitalismo bergsonian, sobre todo — y la filosofía tradicional, y si aquellos fueron para él años de vacilación y de tortura intelectual, llegó, en cambio, por efecto de su nueva fe, viva y cordialmente sentida, a intuiciones clarísimas sobre puntos cla-

ves de nuestro ambiente espiritual. Sobre esas realidades — tres fundamentalmente — versarían las obras a cuya redacción se entregó en esos años, algo de las cuales se publicó y mucho quedó en proyecto, truncado por la muerte.

La primera de estas cuestiones vívidamente intuídas fué la inspiración religiosa que entraña la Historia de nuestra Patria, la misión histórica que ha guiado el proceder comunitario de los españoles. Los intelectuales de cátedra, liberales y europeizantes, se presentaban siempre a sí mismos como ajenos a estas cuestiones, tolerantes en religión y patriotas «regeneradores». Es curioso como un hombre de ese ambiente, por el hecho de recuperar la fe de Cristo, intuyese inmediatamente el alcance religioso de esa ejecutoria histórica que llamamos España, y también la intención profundamente anticristiana y antiespañola de la postura europeizadora liberal. A este tema dedicó, entre otras conferencias y discursos, los opúsculos «Idea de la hispanidad» e «Ideas para una filosofía de la Historia de España», que aparecieron, respectivamente, en 1939 y 1943. En el segundo de estos libros escribía: «El sentido profundo de la Historia de España es la identificación de la Patria con la religión...» «Los europeizantes, hombres de poca o ninguna fe, creyeron que los días de la religión católica sobre el planeta estaban ya contados y querían que España se europeizara, lo cual, en su terminología, venía a significar que se des cristianizara». «Aquellos hombres se propusieron un imposible histórico, es decir, una empresa en contradicción con la vocación perenne de España...» «Con ello se encerraban en este férreo dilema: o se hundiría a la Nación en la negación de sí misma o se hundirían ellos en el fracaso completo de su propósito. Esto justamente es lo que hemos presenciado, con los ojos arrasados en lágrimas de sangre, en el escenario político de nuestro país». «Sucedió, pues que la Nación entera repelió la agresión de esos hombres a su más íntima índole y enérgicamente restableció el orden espiritual».

En segundo término, intuyó Morente todo el valor y el sentido profundo de la obra filosófica de Santo Tomás. El la consideraba como prototipo de las que llamaba «filosofías abiertas», por contraposición a las «cerradas» o de tesis. El espíritu sintético e innovador del Maestro de las Escuelas, su constante acomodación en el espíritu a las exigencias del objeto que le hace ser experimental en las ciencias naturales, analítico en las matemáticas, racional en la ontología, crítico en la historia... hacen de su obra, en opinión de Morente, una verdadera patria intelectual de todos los hombres. Poco antes de morir había iniciado una traducción, con notas y comentarios, de la «Summa Theologica», cuya ejecución le había encomendado Espasa-Calpe.

La tercera, en fin, de esas instituciones entrañables, la radical y primaria fué la persona misma de Cristo como Pastor bueno, cuyo silbo amoroso había él escuchado y en cuyo amor se fundaba toda la paz y la alegría interior de su espíritu. Las últimas líneas que redactó en su vida fueron precisamente sobre la figura de Cristo como Pastor para el prólogo de una Vida de Cristo. En esta labor recibió la segunda y definitiva llamada del Padre.

No faltaron a Morante en aquellos tres últimos años de su vida contradicciones y amarguras, que sobrellevó con la paciencia y la alegría de los hijos de Dios. Unas por parte de los antiguos correligionarios, exilados a la sazón, voluntaria o forzosamente, de la España que había ganado la guerra. Ellos hablaban de la «reacción sentimental» que le había hecho «terminar en un vulgar rezador de misas». Otras por parte de aquellos espíritus herméticos que suponen una dogmática filosófica tan vigente como la religiosa y que consideran todo el pensamiento humano posterior a Santo Tomás como una grandiosa superfluidad.

Respecto a algunos más caracterizados entre sus antiguos correligionarios expresó en alguna ocasión este entristecido juicio: «Morirán impenitentes porque su orgullo es satánico. Pido a Dios que les haga merecedores de su gracia». Respecto a los segundos le oí exclamar: «¡Oh, Señor! Si anduviéramos de caridad tan bien como andamos de fe...»

Los que formamos aquella generación universitaria contrajimos una deuda de gratitud con el maestro bueno y sencillo que cambió el sosiego de una meditación apartada por una difícil labor docente de la que procede, sin duda, lo más sugestivo o ilusionado de nuestra vocación filosófica.

RAFAEL GAMBRA.

Antología

«Nosotros pasamos la vida perpetuamente de espaldas a la fortuna, luchando con la corriente, trabajando de balde y poniendo dinero encima; nosotros hemos puesto debajo de los pies y rechazado cien veces los favores que nos ofrece el mundo».

Ramón Nocedal.

«La verdad es intolerante, porque es una. En la eternidad sólo hay un Dios, en el cielo un Sol, en un trono no caben dos reyes». — Antonio Aparisi.

«La multitud no es más que la materia inorgánica de la sociedad, común a muy diversas y de muy distinto género; y basta enunciarlo para que se la excluya como medio de representación, ya que ésta debe afectar a lo propio y peculiar de la cosa representada». — Víctor Pradera.